

Aquella mañana desperté con el estómago inflado, como si me hubiera tragado un rinoceronte. El peso de los párpados impedía que mis ojos se abrieran por completo. El cabello erizado y la piel de gallina me daban un aspecto lamentable. Tiritaba.

El médico llegó dos horas después, me miró con lástima y le hizo algunas preguntas a mi madre. Me pidió que sacara la lengua y luego se puso a hurgar en mis párpados, como si debajo de ellos fuera a encontrar el boleto premiado de la lotería.

Al cabo de unos segundos dio su sentencia:

—Hepatitis.



Mi mamá abrió los ojos sorprendida. El médico sacó una jeringa, me pinchó en el brazo y tomó una muestra de sangre mientras nos decía:

—Seguro es del tipo viral epidémico, hay un incremento evidente de la bilirrubina.

Él dijo «viral, epidémico y bilirrubina» con la misma normalidad que si hubiera dicho «Pablito clavó un clavito». Hay gente a la que le encanta hablar difícil.

Antes de irse dijo otras cosas raras, sacó una libreta e hizo algunas anotaciones, que luego se las entregó a mi mamá.

Cerró su maletín, me miró con preocupación y dijo:

—No te tengo buenas noticias, María, la hepatitis te va a mantener alejada de tus amigos. No podrás ir al colegio al menos durante un mes.

Aquel día me di cuenta de que la hepatitis no era una enfermedad, cualquier cosa que me mantuviera alejada de esa «casa del terror» llamada *colegio* era una verdadera bendición.



La casa del terror



Durante meses había rezado para que mi colegio desapareciera. Soñaba con llegar un día y encontrar un enorme rótulo en la puerta que dijera CLAU-SURADO.

—¿Qué pasó, don Segundo? —le preguntaba en mis sueños al portero.

—Algo terrible, María, el señor Ministro ha dado la orden de que este colegio se cierre para siempre. El edificio será demolido esta misma tarde.

—¿Eso quiere decir que ya no voy a regresar a clases nunca más?

—Nunca más, María, nunca más.

Entonces yo pensaba que el ministro de Educación era el hombre más justo y bueno del mundo. Imaginaba que todos

los colegios del país cerrarían sus puertas para siempre, y que los niños y las niñas enviaríamos cartas al Vaticano para que el papa considerara la posibilidad de elevar a la categoría de santo a nuestro querido ministro. Pero al despertar me daba cuenta de que la realidad seguía siendo distinta a la que yo soñaba, y ni al Ministro ni al Papa se les había ocurrido clausurar el Colegio Happy Days. ¡Qué falta de solidaridad de nuestras autoridades!

Mi mamá había elegido un colegio bilingüe porque ella quería que mi hermano Mario y yo domináramos el inglés... ni ella ni papá entendían nada de ese idioma y cada vez que compraban un aparato nuevo, un juguete armable o una caja para preparar un pastel en casa, se veían en problemas porque no entendían las instrucciones que venían en inglés. Entonces, comenzaban los gritos:

—¿María, qué significa *cup*?

—Taza, mamá.

—¿Y *spoon*?

—Cuchara, mamá.

—¡Esta sí me la sé! Esta no me la traduzcas porque la conozco...

—¿Cuál te sabes, mamá?

—Aquí dice *flour*... ¿eso es bueno para evitar la caries no?

—¡No, mamá, *flour* es harina, lo de los dientes se llama flúor!

—Ah... ¿Y qué significa *butter*?

—Caletín, mamá.

—¿Caletín?! ¿Estás segura?

Y, claro, yo no estaba diciendo la verdad, pero es que a veces me cansaba de traducir todo lo que mis padres no entendían.

—¿Qué raro! La gente en Estados Unidos sí que es extraña, debe ser que, con tantos millones de habitantes, ya se les debe estar terminando la comida, ¡aquí dice que debo añadir media taza de calcetines a la harina!

Mis padres querían que sus hijos fuéramos bilingües y que resolviéramos todos sus problemas con traducción simultánea. Cuando veíamos una película en inglés sin subtítulos, mis papás pronunciaban doscientos «¿qué dijo?» por minuto. Pero lo peor era cuando Mario y yo éramos pequeños, y papá nos pedía que cantáramos frente a los invitados alguna canción que nos hacía morir de vergüenza: